PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La Proteccion de un sastre*; novela original por D. Miguel de las Santos Alvarez.)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST,
CARO VERO INFIRMA.
(S. MARC. *Evang.*)

Vedle, don Félix es, espada en mano,
Sereno el rostro, firme el corazon:
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus piés muerto cayó.
Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparicion le espanta,
Ni le turba la imágen de Jesús.
La moribunda lámpara que ardia
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.
Mueve los piés el Montemar osado

En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andando,
Súbito junto á él oye un suspiro.
Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron
«¿Quién va?» pregunta con la voz serena
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.
Palpa en torno de sí, y el impío jura,
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatídica figura
Envuelto en blancas ropas se adelanta,
Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentina blancor va apareciendo.
Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata,
Y allá en la sombra en lontananza brilla.
Los ojos Montemar fijos en ella,
Con más asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira:
Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
O del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.
Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastára.
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgías intentára.

« Dios presume asustarme : ¡ojala fuera,
» Dijo entre sí, riendo, el diablo mismo!
» Que entónces, vive Dios. quién soy supiera,
» El cornudo monarca del abismo. »
Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió:
Y una mujer velada en blanco traje,
Ante la imágen de rodillas vió.
» Bienvenida la luz, » díjó el impió,
» Gracias á Dios ó al diablo » : y con osada,
Firme intencion y temerario brío,
El paso vuelve á la mujer tapada.
Miéntras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imágen, la devota dama,
Mas si él se para, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima derrama
De sus ojos inmoviles la imágen,
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesús Montemar mira.
—La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fáscina
Del Cristo, que intensa clavado está en él.
Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbra la imágen de Dios;
Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié,
Empero un momento creyó que veia
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traia

De tiempos mejores que pasaron ya
Un rostro de unángel que vió en un ensueño
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamás la razon.
Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanca ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisára mullidas alfombras,
Deslízase leve sin ruido su pié.
Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de léjos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena
Que ya la confunde la espuma del mar.
Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma commueve con ánsia medrosa
Miéntras la rechaza la adusta razon.

D. FÉLIX.

« ¡Qué! ¿Sin respuesta me deja?
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?... ¡Chasco sería!
En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no :
He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.
Y he de saber dónde vais,
Y si sois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamais.
Y áun cuando imposible sea,
Y fuérais vos Satanas
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar, ¡Vive Dios
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos:
Y perdonadme señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora:
Y me va en ello mi fama,
Que, juro á Dios, no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama. »

Del hondo del pecho profundo gemido,
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apénas medroso lastima el oido,
Pero que punzante rasga el corazon;
Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar
Gemido de muerte lanzó, y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus olas Silfide amorosa
Que apénas las aguas del lago rizó.
¡Ay, el que vió acaso perdida en un dia
La dicha que eterna creyó el corazon,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó!
¡Y sólo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno, su dolor crüel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante más fiel;
Miró sus suspiros llevarlos al viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,

Sin nadie que acuda ni atienda á su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal.....
Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto á los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió;
Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió!!.....
¡Ay! quien ha contado las horas que fueron
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer;
Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!!
¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡A! el que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas, loco, le arrancó.....
¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!.....
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamará angustiado,
Las horas que huyeron y no tornarán.....
Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras cantó sin dormir
En lechos de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;
Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazon;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor:
Ponzoñoso lago de punzante hielo,

Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afan...
Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Unica respuesta que á don Félix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor

D. FELIX.

«Si buscais algun ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero, ó miente ese recato,
O vos sufris el mal trato
De algun celoso marido.
¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfía;
Con los mudos, reina mia,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de süave melodía
El estudiante oyó, que parecia
Eco lejano de armonioso canto:
De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer áun pura.
«Para mi los amores acabaron:
Todo en el mundo para mi acabó:
Los lazos que á la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató.»
Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusion traia,

Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fria.
Montemar, atento sólo á su aventura,
Que es bella la dama y áun fácil juzgó
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son. [paro!
— Hay riesgo en seguir me. — ¡Mirad qué re-
—Quizá luego os pese.— Puede que por vos.
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me emparo.
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.
—Siento me enamora más vuestro despejo,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
—Vuestra última hora quizá ésta será!...
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos. —
—¡Hola, me conoce!—¡Ay! temblad por vos!
¡Temblad, no se truequen deleites livianos
En penas eternas! — Basta de sermon,
Que yo para oirlos la Cuaresma espero;
Y hablemos de amores que es más dulce ha-
Dejad ese tono solemne y severo. [blar:
Que os juro, señora, que os sienta muy mal:
La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella tambien el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer;
Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce ye el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.
—¡Cúmplase, en fin, tu voluntad, Dios mio!—
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente don Félix y camina en pos.
Cruzan tristes calles,

Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa.
Maldecida bruja
Con ronca voz canta.
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad:
Miéntras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre són
Arrulla su sueño
Bramando Aquilon.
Y una calle y otra cruzan,
Y más allá y más allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven
Cien calles quedando atras,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á dó camina,
Ni acierta ya dónde esta:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas

Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos,
Que en la tierra en desigual,
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Miéntras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compás:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz.
Todo queda, y desparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De extraño empuje llevado
Con precipitado afan;
Entretando que su guia
Delante de él, sin hablar,
Sigue misteriosa, y sigue
Con paso rápido y ya

Se remonta ante sus ojos
En alas del huracan,
Vision sublime, y su fren
Ve fosfórica brillar
Entre lividos relampagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendabal:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad;
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,
Y jura, y sigue andando
Ella delante, él detras.
« ¡Vive Dios! dice entre sí
O Satanas se chancea,
O no debo estar en mí,
O el Málaga que bebí
En mi cabeza aún humea.
» Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compás de tal concierto,
» Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegue á ver
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

» ¿Y esta mujer ¿quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¿A mí qué diantre me da?
Y más, que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.
» Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar;
Andar así es desatino:
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.
» Ha dado en no responder,
Que es la más rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura. »

En tanto don Félix á tientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.
Rechinan girando la ferreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.
Rüidos de pasos de gente, que viene
A compás marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso són.
Llegó de don Félix luego á los oidos,
Y luégo cien luces á lo lejos vió,
Y luégo en hileras largas divididos
Vió que murmurando con lúgubre voz,
Enlutados bultos andando venian,
Y luego más cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian

Y dos cuerpos muertos tendidos en él.
Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir,
Cuando en hondo sueño yace muerto el mun-
Cuando todo anuncia que habrá de morir [do,
Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,
Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien, como don Félix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar,
Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó.
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.
Calado el sombrero y en pié indiferente
El féretro mira don Félix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.
Más ¡ cuál su sorpresa, su asombro cual fuera,
Cnando horrorizado con espanto ve
Que el uno don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡ Dios santo ! ¡ y el otro era él !...
Él mismo, su imágen, sa misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en
Y duda, y se palpa, y fria pavura [fin :
Un punto en sus venas sintió discurrir.
Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió ;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazon.

« Lo que es, dijo, por Pastrana,

Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.
» Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan á enterrar?
— Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar,
Respondió el encapuchado.
—» Mientes, truhan.— No por cierto.—
— Pues decidme á mí quién soy,
Si gustais, porque no acierto
Cómo á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.
— » Yo no os conozco. — Pardiez,
Que si me llego á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcais ya á Montemar.
» ¡ Villano !... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspiés
» ¡El fanfarron de don Diego !
De sus mentiras reniego.
Que cuando muerto cayó.
Al infierno se fué luégo
Contando que me mató. »

Diciendo así, solló una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió :
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

« Conque en fin, ¿donde vivis?
Que se hace tarde, señora.
— Tarde, áun no : de aquí á una hora
Lo será. — Verdad decis,
Será mas tarde que ahora.
» Esa voz con que haceis miedo,
De vos me enamora más :
Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanas.
— » Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
Don Félix. Y no temblais,
Y el corazon no os advierte
Que á la muerte caminais? »

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.
Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus piés la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió :
Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes :
Ojos de horror que sin cesar le miran,
Y los vió y no temblo : mano á la espada
Puso y la sombra intrépida embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada ;
Sólo fijos en él los ojos vió.
Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo.
Y en él creciendo el infernal anhelo,

Con voz de enojo blasfemando, dijo :
« Seguid, señora, y adelante vamos :
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acábese por fin tanto enbolismo
» Que de tanto sermon, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy
Nada mi firme voluntad quebranta,
Sabed, en fin, que donde vayais, voy.
» Un término no más tiene la vida :
Término fijo; un paradero el alma :
Ahora adelante. » Dijo, y en seguida
Camino en pós con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron :
Y tras la dama el estudiante entró :
Ni pajes ni doncellas acudieron;
Y cruzan á la luz de unas bujías
Fantásticas, desiertas galerías,

Y la vision como engañoso encanto,
Por las losas delízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido :
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante, y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcian,
Y en torno en movimientos desiguales

Las sómbras se alejaban ó venian :
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estatuas se veian,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Hierbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrio,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve boroscoso viento.
En un silencio aterrador y frio
Yace allí todo : ni rumor, ni aliento
Humano nunca sé escuchó : calladó,
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
Siguen en el relój de aquella vida,
Sombras de horror girando atterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huida;
Ellas solas y triste moradoras
De aquella negra, funeral guarida.
Cual soñada fantástica quimera,
Vienen á ver el que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan léjos, cual carbones rojos,
Y espantáran la misma valentía :
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansion sombria,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen

Grandiosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina

Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina :
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollado sí, pero jamas vencida ;
El hombre, en fin, que en su ansiedad que-
Su límite á la cárcel de la vida, [branta
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los lábios, y la vista osada :
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada.
Tristes ecos, siguiéndole letras,
Repiten con monótono compas.

Y aquel extraño y único rüido
Que de aquella mansion los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena;
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro,
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,

Iundo de sombras, vida que es un sueño,
ida, que con la muerte confundida,
iñe sus sienes con letal beleño;
Iundo, vaga ilusion descolorida
e nuestro mundo y vaporoso ensueño,
on aquel ruido y su locura insana,
a sola imágen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guia
e la alma dicha la ilusion parece,
ue ora acaricia la esperanza impía,
ra al tocarla ya se desvanece:
lanca, flotante nube, que en la umbría
oche, en alas del céfiro se mece,
u airosa ropa, desplegada al viento,
emeja en su callado movimiento:

Humo süave de quemado aroma
ue al aire en ondas á perderse asciende,
ayo de luna que en la parda loma,
ual un broche su cima al éter prende;
ilfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
e negras sombras y de luz teñidas,
ntre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
ue apénas toca con los piés al suelo,
ruza aquella morada tenebrosa
a mágica vision del blanco velo;
mágen fiel de la ilusion dichosa
ue acaso el hombre encontrará en el cielo,
ensamiento sin fórmula y sin nombre,
ue hace rezar y blasfemar al hombre.
Y al fin del largo corredor llegando,

Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veia
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y so extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil desciende,
Y envuelto en el violento torbellino.
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplauzos y brutales carcajadas,

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, rizas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres. mujeres, todos confundidos,
Con sándia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpétuo remolino giran.

Siente por fin que de repente pára,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pié se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y al redor miró,
Y al pié de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba,
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafia
Con firme pecho y decision segura:
A la blanca vision su planta guia,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus piés Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento:

« Diablo, mujer ó vision.
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansion,
Eres puro desatino
O diabólica invencion:
» Si quier de parte de Dios,
Si quier de parte del diablo.
¿Quién nos trajo aquí á los dos?

Decidme, en fin, ¿quién sois vos!
Y sepa yo con quién hablo:
»Que más que nunca palpita
Resuelto mi corazon,
Cuando en tanta confusion,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razon.
»Que un poder aquí supremo
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado,
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre
Llanto
De amor,
Oyese
En tanto
En són
Flébil, blando,
Cual quejido
Dolorido
Que del alma
Se arrancó:
Cual profundo
¡Ay! que exhala
Moribundo
Corazon.
Música triste,
Lánguida y vaga,
Que á par lastima
Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,

Como el murmullo
De algun recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazon.
Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentando va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono
Cercano huracan,
Que apénas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Idfalible présage
De la tempestad.
Y en rápido *crescendo*,
Los lúgubres sonidos

Más cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas
Que retumbando va,
Cual ruged las entrañas
De horrisono volcan.
Y algazara y gritería,
Crujir de afilados huesos
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos.
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento
Separando sus junturas
Irse poco á poco abriendo,
Siente Montemar, y el ruido
Más cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse craneos,
Ya descarnados y secos.
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorumpir en lamentos:
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.
Y luégo el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarído

Medroso y sonoro se alzó:
Sintió, removidas las tumbas,
Crujir á sus piés con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansion
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.
Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tártareo rüido
Cien espectros alzarse miró:
De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él;
Y despues entre sí se miraron,
Y á mostrarle tornaron despues;
Y enlazadas las manos siniestras
Con dudoso, espantado ademan
Contemplando, y tendidas sus diestras
Con asombro al osado mortal,
Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmóvil, irónica mueca
Inclinaron, formando en redor.
Y entónces la vision del blando velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:
Galbánica, cruel, nerviosa y fria,
Histérica y horrible sensacion,
Toda la sangre coagulada envía
Agolpada y helada al corazon.....
Y á su despecho y maldiciendo al cielo.
De ella apartó su mano Montemar,

Y temerario alzándolo á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz,
¡Es su esposo!! los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte hallo!!
Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!!
Y ella entónces gritó: *¡Mi esposo!!* ¡Y era
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera
La blanca dama del gallardo andar!...
Luégo un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aun brotando sangre de su corazon,
Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha tambien Montemar:
—« Al fin la palabra que disteis, cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:
Mi muerte os perdono. – Por cierto, D. Diego,
Repuso don Félix tranquilo á su vez,
Me alegro de veros con tanto sosiego,
Que á fe no esperaba volveros á ver.
En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venisme á ofoecer;
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
Mas no se os figure que os quiera ofender:
Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro, y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.
Mas ántes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ú al otró, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel:
Cualquiera ó entrambos con su corte toda,

Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mí boda...
Hermano don Diego, ¿no pensais así? »
Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademan
Miradas audaces de altivo desdeño,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.
El cariado, lívido esqueleto,
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad :
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla,
Junta y refriega, repugnante faz,
Y él envuelto en sus secas coyunturas,
Aun más sus nudos que se aprietan siente
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor :
Pugna con ánsia á desasirse en vano,
Y cuanto más airado forcejea,
Tanto más se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.
Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea, fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento,
Y hojas secas agita sin fin.
Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,
Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante á un aullido una voz

Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

« Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amo :
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.
Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz.
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites y sea
La tumba su lecho nupcial. »
Mientras, la ronda frenética
Que en raudo giro se agita,
Más cada vez precipita
Su vértigo sin ceder ;
Más cada vez se atropella
Más cada vez se arrebata,
Y en círculos se desata,
Violentos más cada vez :
Y escapa en rueda quimérica,
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres aullidos,
Que pavorosos se extienden,

Los aires rápidos hienden
Más prolongados aún.
Y á tan contínuo vértigo,
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto
Entre caricias mil;
Jamás vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle Montemar:
Y á par que más su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca vil materia
Comienza á desmayar.
Y siente un confuso,
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afan:
Y sombras y luces
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.
Y luego á lo léjos,
Flébil en su oido,
Eco dolorido
Lángido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:
Y siente luégo

Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho.
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.
Y vió luégo
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oye el eco
De un gemido
Que espiró.
Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,
Leve,
Breve
Són.

En tanto en nubes de carmin y grana
Su luz el alba arrebolada envia,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente dia:

Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, transparente y fria
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche, y con la noche huian
Sus sombras y quiméricas mujeres.
Y á su silencio y calma sucedian
El bullicio y rumor de los talleres :
Y á su trabajo y á su afan volvian
Los hombres y á sus frívoles placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena :

¡ Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Habia en fin por Montemar venido!...
Y si, lector, dijerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

EL DOS DE MAYO

¡Oh! ¡Es el pueblo!! Es el pueblo !Cual las olas
Del hondo mar alborotado brame;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.
Hombres mujeres, vuelan al combate,
El volcan de sus iras estalló :
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.
La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;
Los que al rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones ;
A eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerme alli entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira,
Graba en su frente luminosa huella